—Estas consideraciones han hecho sin duda que la *K* haya casi desaparecido de nuestro alfabeto, y que la *C* sustituya á la *Q* en muchísimas voces que ántes conservaban esta última letra (como la conserva todavía el frances) por respeto á su orígen latino. Así, pues, la *Q* se halla fuecuentemente.

Conmutada en *c*, como en *ca* ó *car* (anticuados), *casi, cual, cuando, cuatro* (con sus derivados y compuestos), *cuestion, escama, nunca,* del latin *quâ-re, quasi, quali, quando, quator, quæstione, squamma, numquam,* etc.

Conmutada en *g*, en *agua, águila, antiguo, igual, seguir, llegüa,* de *aqua, aquila, antiquo, æquali, sequi, equa,* etc.

R.

Conmutada en *l*, como en *árbol, cárcel, estiércol, mármol, peligro, roble,* de *arbore, carcere, stercore, marmore, periculo, robore,* etc.

Esta conmutacion es muy antigua, y sobre todo muy natural, puesto que la *R* es el signo representativo de una articulacion lingual, ó linguo-paladial, resultado de una fuerte vibracion de la lengua en toda su longitud, manteniendo este órgano apoyado encima de los dientes de la mandíbula superior. Esta vibracion es algo trabajosa, y su resultado parecido al sonido que hacen los perros cuando regañan; por lo cual llamaban los romanos *littera canina* á la letra *R*. Es una de las más difíciles de pronunciar, y tanto por esto, como por su dureza (muy adecuada para ciertos efectos imitativos), se queda frecuentemente en *L*, letra que resulta de apoyar la lengua en el paladar ó encima de los dientes superiores, soltándola en seguida sin vibrarla, ó sin ejecutar la vibracion que da la *R* por resultado. Esta vibracion, á veces omitida voluntariamente por eufonía, es orgánicamente imposible para algunas personas, las cuales pronuncian entónces la *R* como *L*. De esta balbucencia (llamada por los griegos *lambdacismo*, y *grasseyement* por los franceses), ó de este defecto natural, que á veces no es más que un vicio de educacion de los órganos vocales, adolecieron Demóstenes y Alcibíades.

S.

Esta letra *silbosa* ó sibilante se halla conmutada en *c*, en *Cerdeña, cerrar, Córcega,* del latin *Sardinia, serare, Corsica,* etc.

Conmutada en *es*, como en *escena, escribir, especie, espíritu, estable,* del latin *scena, scribere, specie, spiritu, stabili,* etc.—Esta conmutacion es hoy general en las voces latinas ó greco-latinas que empiezan por *s*, supresion que se verifica en algunas, como dirémos luego.—Recordemos aquí de paso que la *s* inicial representa en muchas voces latinas el espíritu áspero de las equivalentes griegas: así se ve en *sez, septem, somnus, sol, sudor, super, sus, sylva,* etc., correspondientes á las griegas ἕξ (*héx*), ἑπτα (*hepta*), ὕπνος (*hypnos* ó *hupnos*), ἥλιός (*hèlios*), ὕδωρ (*hudór, hydôr*), ὑπὲρ (*hper* ó *huper*), ὗς (*sys* ó *sus*), ὕλη (*hylê*) etc.—V. lo dicho (137) acerca de la aspiracion.

Conmutada en *j*, en *jabon, Jalon, Játiva, jeringa, jibia, jugo,* del latin *sapone, Salone, Setabi, siringa, sepia, succo,* etc.—Esta conmutacion fué primitivamente en *x* (con sonido de *ch* suave, segun queda dicho en el párrafo 107), escribiéndose *xabon, Xalon, xeringa, xibia,* etc.

Suprimida la *s* inicial líquida en *eédula, centella, cetro, ciencia, pasmo,* del latin *schedula, scintilla, sceptro, scientia, spasmo,* etc.

Suprimida una de las dos *ss* en las voces que antiguamente, y á imitacion del latin, la llevaban doble, como *confessor, passion, santíssimo,* etc.

Suprimida, por fin, en varias voces que sin fundamento alguno plausible la llevaban en lo antiguo, como *acaescer, apresciar, carescer, rescibir,* por *acaecer, apreciar, carecer, recibir,* etc.; y aun en otras, en las cuales podia justificarse por su orígen, como *conoscer, reconoscer* (del latin *cognoscere, recognoscere,* etc.), hoy *conocer, reconocer,* etc.

La *s* es la letra característica general de los plurales.

T.

La *t* es una articulacion lingual, dental y fuerte: su toque débil es la *d*.

Conmútase en *c* en *avaricia, malicia, marcial, ocio, oracion, porcion, tentacion,* del latin *avaritia, malitia, martiali, otio, oratione, portione, tentatione,* etc.; y, por regla general, en todas las voces cuya original latina lleva *t* seguida de *i* y de otra vocal: así es que todas las terminadas en *ancia, encia* ó *icia,* corresponden á las latinas en *antia, entia* ó *itia,* segun se ha visto en la Tabla de las desinencias.—Sin embargo, esta conmutacion es á veces en *z* (articulacion muy afine de la castellana *ci*, ó de la *c* antes de *i* ó de *e*), como en *Lorenzo, mastuerzo, razon, tizon,* del latin *Laurentio, nasturtio, ratione, titione,* etc. En *z* la conmuta tambien con frecuencia el italiano, como en *avarizia, malizia, orazione,* etc. El frances convierte esa *t* latina en *c*, como en *avarice, malice,* ó en *s*, como en *oraison, raison,* etc., ó la respeta en la escritura y la pronuncia como *s*, v. gr., en *martial, portion,* etc. Esta misma pronunciacion de *s* le da el catalan, é igual se la dan los dialectos castellanos y las provincias ó distritos que articulan el *ce, ci,* como *se, si,* y no como *ze, zi*.

La misma regla han propuesto algunos modernos; pero ya hemos dicho, en los párrafos 92 y 96, cuán tardías y perjudiciales fueran tales reformas. Por fortuna no ha prevalecido, ni creemos que prevalezca jamás, el escribir *qe, qiebra, Qevedo,* por *que, quiebra, Quevedo,* etc.

Las conmutaciones ó subrogaciones de que acabamos de hablar, están fundadas en la imitacion de los latinos, quienes tambien escribian indiferentemente *Mauricius* y *Mauritius, vitibus* y *vicibus*. Y el latin fundaba esa subrogacion en la existencia de la *th*, *t* aspirada ó *thêta* de los griegos y de los orientales, articulacion que sonaba como *tz*, *z* suave ó *s*, como *c* ó *ç*. Así se ha pronunciado tambien en España *Macias* el nombre propio *Matías*, que en hebreo y en griego lleva *th*.—V. Zedilla en el Diccionario.

Conmútase muy frecuentemente la *t* en su afine *d*, como en *cadena, madre, nadar, padre, redondo, sed, vida,* del latin *catena, matre, natare, patre, rotundo, siti, vita,* etc.—Ya hemos visto además, en la tabla correspondiente, que las desinencias latinas *atus, itus, tas, tor, utus,* han sido casi todas romanceadas por *ado, ido, dad, dor, udo,* etc.

Suprimida en *cien, San,* que al principio se escribieron *cient, Sant,* etc., conservando la *t* de *centum, Sancto,* etc. Pero siendo la *t* final muy dura, suavizóse generalmente, convirtiéndola en *d*, como en *beldad, igualdad,* ántes *beltat, egualtat,* y *beldat, egualdat,* etc.; ó añadiéndole una vocal, y haciendo de *cort, corte,* de *delant, delante,* de *Ferrant Ferrando*, y luego *Fernando,* etc.

Th.

La *h* á continuacion de la *t*, denotaba en latin la aspiracion de la θ (*thêta*) del griego en las voces procedentes de este idioma: así escribian *Thatia, theatrum, Thebæ, Themis, thesaurus, thesis, thorax, thronus,* y á su imitacion conservó el castellano la *h;* pero modernamente escribimos sin ella *Talía, teatro, Tébas, Témis, tesoro, tésis, tórax, trono,* etc. No así el frances, idioma que conserva la *th* en casi todas esas voces, y en las formadas modernamente del griego, como *anthropologie, théodicée, théosophie, thermomètre,* que nosotros escribimos *antropología, teodicea, teosofía, termómetro,* etc.

U.

Conmutada (como *a* u) en *o*, v. gr. en *boca, correr, corto, gota, horca, lobo, mosca, nodriza, polvo, tos,* del latin *bucca, currere, curto, gutta, furca, lupo, musca, nutrice, pulvere, tussi,* etc.—Tambien se ve conmutada en *o* la *u* final de todos los nombres de la cuarta declinacion latina, como en *acto, aspecto, curso, hielo, mano, miedo, uso,* de *actu, aspectu, cursu, gelu, manu, metu,* etc.; así como la *u* de varias desinencias latinas, segun ha podido verse en la Tabla correspondiente (138).

La conmutacion de la *u* latina en *o*, frecuentísima en castellano, así como en los demas idiomas neolatinos, tiene un fundamento ú orígen; y es que los latinos pronunciaban su *u* dándole un sonido muy parecido al de *ou*, ó al de la *u* que los franceses llaman española, que es su vocal compuesta *ou:* así pronunciaban *bucca*, por ejemplo, diciendo como *boucca*. El resultado fué que los *romances* hicieron prevalecer la *o* de la pronunciacion romana *ou*, y la sustituyeron al carácter *u* de las voces latinas correspondientes. El frances (el provenzal ó frances antiguo, que tenia la pronunciacion casi igual á la romana), sin embargo, guarda la memoria escrita de aquella pronunciacion, representándola por medio del *ou* (pronunciado como nuestra *u*), pudiendo establecerse, como regla general, que en toda voz francesa el *ou* corresponde á una *u* en la voz latina de orígen, aunque no toda *u* latina es siempre representada en frances por *ou*. Todas las voces que hemos citado como ejemplos al principio del párrafo anterior, comprueban la regla general que acabamos de indicar: así es que á *boca, correr,* etc. (*bucca, currere,* etc.), corresponden en frances *bouche, courir, court, goutte, fourche, loup, mouche, nourrice, poudre, toux,* etc.

Que los latinos pronunciaban la *u* como *ou*, se demuestra: 1º, porque cuando habian de escribir un nombre griego que tuviese *ou*, no se servian más que de la *u:* así, para trascribir Σπικυρος, Πηλυσιον, ponian *Epicurus, Pelusium;* 2º, porque cuando los griegos querian escribir en letras de su alfabeto un nombre romano, traducian la *u* de los latinos por ου (ó por ȣ, que era su signo abreviado en la escritura cursiva), poniendo, v. gr., Ιȣλιος, Λȣχȣλλος, por *Julius, Lucullus;* 3º, porque en latin nunca se encuentra el diptongo *ou*, sonido representado ya de hecho por la simple *u*.

Los latinos representaban el sonido de la *v* (*upsilon* ó *ypsilon* de los griegos), articulacion media entre la *u* y la *i*, correspondiente á la *u* que llamamos francesa, por la *y*, como en *hygiene, hymnus, hypothesis, mysterium, tympanum, tyrannus*, etc., etc. El frances ha conservado generalmente esa *y* greco-latina en su ortografía.

El castellano ha suprimido la *v* en varias voces, como *establo, regla, tabla*, del latin *stabulo, regula, tabula*, etc., supresion fundada en el hecho de *atraccion* mencionado en el párrafo 81.

V.

Esta letra, llamada en otro tiempo *v* consonante, representa la articulacion semi-labial débil, cuyo toque fuerte es la *f*. La *f* de los latinos, por otra parte, no es más que la *f* de la antigua Grecia y de los antiguos hebreos, letra que estos últimos pronunciaban como *v*. De ahí, pues, la frecuente confusion y mutua subrogacion de la *f* por *v*, ó de la *v* por *f*, segun se nota en varios antiguos monumentos de las naciones primitivas de Italia.

La forma material ó gráfica de la *v* (no su sonido), que le ha hecho llevar el nombre de *V de corazon*, se tomó, segun unos, de la *v* (*úpsilon*) griega, y segun otros de una especie de F al revés, Ⅎ, signo que emplearon alguna vez los romanos (véase la nota de la pág. 157) para distinguir la *u* en ciertas voces en que su pronunciacion (que ya hemos dicho era como de *ou*) producia cacofonía, v. gr., en *seruus* ó *servus*.

El sonido que nosotros confundimos más con el de la *v* es el de la *b*. Entre los latinos se hallan ya muestras de esa confusion, pues no es raro ver escrito *Danuvius, velli, bixit*, por *Danubius, belli, vixit*, etc.; confusion que ha llegado hasta nosotros, y que trae desorientados á cuantos ignoran la etimología de las voces. Y, aun sabiéndola, hay que transigir con las singularidades del uso, y escribir ora *abogar* ora *avocar*, unas veces *baron* y otras *varon, grabar* con *b* y *gravar* con *v*, y dudar de si *Vazquez, veguer, trovador*, etc., estarian mejor escritos *Bazquez, bequer, trobador*, etc.—En otro tiempo eran muchas más esas voces de ortografía ambigua, pues se escribia *absorver, bajilla, benda, berruga, bolar, bolber, embidia*, etc.; pero al fin ha prevalecido por lo general la ortografía etimológica.

Esto no obstante, todavía ha quedado definitivamente la conmutacion de la *v* en *b* en algunas voces, como *abuelo, barrer, bochorno*, etc., del latin *avolo, verrere, vulturno*, etc.

Antiguamente tambien se confundia, á la manera de los latinos, el signo alfabético de la *V* con el de la *U*; y esta confusion, junto con la de la *V* con la *B*, la de la *I* con la *J* y la *Y*, la de la *X* con la *J*, la de la *Z* con la *Ç*, etc., hace bastante engorroso el encontrar ciertas voces en los Diccionarios antiguos, ó en cualquiera otra enumeracion, lista ó catálogo, por órden alfabético. Así Covarrubias, por ejemplo, y con él varios autores mucho más modernos, escribia *Çaratan, Çurra, Çutano, Cherubin, Chimera, Christo, Iardinero, Ielo, Ierno, Iesús, Valvarte, Vandolero, Vlises, Xalma, Xerez*, etc., etc.

W.

Esta doble *v*, aunque no es latina, se encuentra en algunas inscripciones antiguas. Es una letra del alfabeto de muchos pueblos del Norte, y se llama comunmente *V valona*. No existe en las lenguas de la Europa meridional, ni en la lengua rusa, por más que generalmente veamos prodigar esa letra en la trascripcion de los nombres propios de aquella nacion septentrional. Las lenguas inglesa, alemana y holandesa, son las que más usan de la *w*, encontrándose esta letra al principio, en medio ó al fin de muchos nombres propios. Al trascribir estos en castellano se suele sustituir la *V* simple á la *W* doble de la voz original: así ponemos generalmente *Vasington, Vaterloo, Vellington, vhig, Vurtemberg*, etc., en vez de *Wasington, Waterloo, Wellington, whig, Wurtemberg*, etc.—En inglés la *w* es consonante y vocal, y su pronunciacion varía segun las letras que la preceden ó que la siguen.

X.

El nombre de esta letra, en griego, es *xi* ó *chi*; en latin *ex*, ó, segun Escalígero, *ix*; en castellano *équis* ó *éques*; en frances *ics*, y modernamente *xe*; en catalan y en valenciano *xex*, comenzando y acabando en la misma letra, como se debiera hacer y como hace el hebreo.—El italiano no admite la *x*: en las voces que la tienen de su orígen griego ó latino la convierte en *s*, simple ó doble, ó en *c*: así dice *Alessandro, assioma, eccellenza, esatto, esemplo* ó *essemplo*, etc.

Los romanos no emplearon la *X* como inicial en ninguna voz de orígen latino, admitiéndola tan solo como letra media (*maximus, uxor*, etc.), ó como letra final (*lux, nox, pax, sex, vix*, etc.).—La *X* era en realidad la última letra del alfabeto latino, pues la *Y* y la *Z*, segun dice Quintiliano, se consideraban como letras esencialmente griegas.

Créese que el orígen primitivo de la figura de la *X* latina fué la reunion de dos ☾*C* por su convexidad, ó una modificacion de la forma de la *K*.

La *X*, sobre todo al principio y al fin de diccion, tuvo en el castellano antiguo el mismo sonido que una *ch* suave, que la *ch* de los franceses, ó que la *xex* del provenzal: tal era la pronunciacion de *box, relox, xácara, xamuscar, xaqueta, xarabe, xarope, xeringa, xícara*, etc. De la articulacion de la *xex* ó de la *ch* suave, se pasó á la *ch* fuerte, diciendo, por ejemplo, *charol* en vez de *xarol* (como dice el catalan), habiéndose quedado algunas voces con esta misma *ch* fuerte, v. gr., *chabacano, chafar, chalan, chamuscar, chaqueta, chato*, etc., y pasando otras de la *ch* fuerte hasta la articulacion gutural *j*, como *jabeque, jarabe, jeringa, jícara*, etc., todas las cuales se pronunciaron en un principio como *xex* ó *ch* suave.—V. lo dicho al tratar de la *CH*.—Créese comunmente que esa conmutacion fónica de la *ch* suave en *j* fuerte fué debida á la influencia de los árabes; pero no es así: esa mudanza, lo mismo que la de la *j* suave (iota) en *j* gutural (jota), y la de la *z* dulce en *z* balbuciente, no se verificó en el castellano hasta fines del siglo XVI, cuando ya no habia africanos en España. Ni estas novedades en la pronunciacion se hicieron generales hasta por los años de 1640 á 1660. Por aquel tiempo estuvo en España el célebre gramático latino Gaspar Esciopio, quien atestigua como reciente aquella mudanza. Bouterwek, aleman tambien, en su obra sobre la Literatura Española, niega igualmente que nos viniesen de los árabes esos sonidos guturales. Pero ¿qué necesidad tenemos de apelar á testimonios extranjeros, cuando las gramáticas castellanas y nuestras obras gramaticales (y no gramaticales) de entónces lo demuestran patentemente? Es indudable, por lo tanto (como dice Puigblanch), que si fuese posible oir hablar á Cervantes y á Lope de Vega, nos parecerian extranjeros por su pronunciacion.

Encuéntrase además conmutada en *j*, la *x* de orígen (sin ser inicial, ni final de diccion) en *Alejo, eje, ejemplo, ejército, lejía, lujuria, mejilla, tejer*, del latin *Alexio, axi, exemplo, exercitu, lixivio, luxuria, maxilla, texere*, etc. Tambien se dice *anejo*, por *anexo, reflejo*, por *reflexo*, mas no *reflejivo*: tampoco nos hemos resuelto todavía á decir *conejo*, por *conexo*.... pero sí decimos y escribimos *ojimel*, ú *ojimiel*, en lugar de *oximiel*!!

Conmutada en *s* en *ansiedad, destral, destreza, fresno, siesta, tasa, tósigo*, del latin *anxietate, dextrali, dexteritate, fraxino, sexta, taxa, toxigo*, etc.

Y.

Esta letra, considerada en su figura, se compone de una *i* y una *j*; y como la *j*, segun hemos dicho, no es más que una *i* prolongada hácia abajo, resulta que la *y* es igual á dos *ii*. Y este es próximamente su valor en la pronunciacion.—El orígen de la forma de la *j*, y por consiguiente de la *y*, es que antiguamente cuando en la escritura se encontraban dos *ii* seguidas, y estaban unidas por un perfil ó rasguito, como es costumbre en casi todas las letras, se leian frecuentemente las dos *ii* como si fuesen una *u*; y para evitar esta equivocacion, se introdujo la costumbre de alargar hácia abajo el rasguito ó perfil de la segunda *i*. Así es que en muchos manuscritos y libros impresos antiguos se encuentra *Caij, flaminij*, etc., por *Caii, flaminii*, etc.; y en *cujus, ejus, projicere*, etc., la *j* es como el signo representante de dos *ii*, y en rigor como dos *ii*, ó como *y*, la pronunciamos.

El carácter *y* es, en latin, segun hemos dicho ya al tratar de la *U*, el representante de la *v* [úpsilon ó ypsilon) en las voces de procedencia griega, como en *etymología, lyra, martyr, pyra, presbiter, synodus, synonyma*, etc.: esta procedencia respetó tambien la ortografía castellana durante algun tiempo, como sigue respetándola la francesa; pero últimamente abandonamos la *y* (llamada por esta razon *griega*), y escribimos *etimología, lira, mártir*, etc.

Añadida una *y* en *doy, soy, voy*, etc., que en castellano antiguo fueron *do, so, vo*, etc.

Z.

El doctor Rosal hace la curiosa observacion de que las tres últimas letras del alfabeto castellano (las mismas que del latino), *X, Y, Z*, son todas consonantes de doble valor, pues la *X* vale *cs* ó *gs*, la *Y* equivale como á *ii*, y la *Z* á *sd*.

Esta letra es la griega Ζ ζ (*zeta, zita*). Los latinos solamente la usaban en las voces tomadas del griego, como *zelotypus, zelus, zephirus, zodiacus, zona*, etc. El castellano la ha conmutado en *c* cuando antecede á la *e*, segun se ve en *céfiro, celo, cenit*, etc., aunque tambien escriben todavía algunos *zèfiro, zelo, zenit*, conservando la *z* etimológica.

Antiguamente la *zeda* castellana, era una articulacion verdaderamenete *mollissima et suavissi-*

ma, segun la califica Quintiliano, pues se pronunciaba como la latina, la provenzal, etc.; la *z* de *zelo*, por ejemplo, se pronunciaba como en la voz francesa *zèle;* pero hace tres siglos perdimos esa pronunciacion, y adquirimos la de la *z* ceceosa ó balbuciente, segun hemos dicho al tratar de la *X*. Por entónces perdimos tambien el sonido de la s suave (que es muy afine del de la *z*) entre dos vocales, como en *caso*, que antiguamente se pronunciaba *cas–o* (como la *s* de la voz francesa *base*), y hoy pronunciamos *cas–so*, con *s* doble ó fuerte, aunque no escribimos más que una s.—V. además ZEDILLA en el Diccionario.

---

143. Pongamos fin á esta Tabla enumerando algunas de las variaciones y reformas gramaticales (y varias de ellas fundadas tambien en la eufonía) que ha experimentado el castellano desde el siglo XV hasta nuestros dias, completando de este modo lo que no hemos hecho más que indicar en el párrafo 128.

NOMBRES SUSTANTIVOS.—Se han limado y suavizado varias desinencias, segun queda mencionado en la Tabla correspondiente.

Han mudado de género, *desórden, honor, loor, olor* y otros, que hoy se usan como masculinos.

Se han anticuado *bitume* (hoy betun), *cadañero* (anual), *cibdad* (ciudad), *corvedad* (corvadura), *gualardon* (galardon), *huerfanidad* (orfandad), *humosidad* (fumosidad), *litargía* (letargo), *mege* (médico), *mustela* (comadreja), *rogaria* (rogativa), *samblaje* (ensambladura), *ternez* (terneza, ternura), *vegada* (vez), etc., etc.

NOMBRES ADJETIVOS.—Se ha introducido el uso del apócope en varios adjetivos y artículos cuando preceden al sustantivo, como en *algun, buen, cien, mal, gran, ningun, postrer, primer, San, tercer, un*, que antiguamente guardaban siempre y en todos los casos la forma más latina de *alguno, bueno, ciento, malo, grande, ninguno, postrero, primero, Santo, tercero, uno*, etc.

Se han anticuado *delgacero* (delgado), *demulciente* (demulcente), *paleativo* (paliativo), *samarita* (samaritano), *tenebregoso* (tenebroso), etc., etc.

ARTÍCULOS.—Hasta fines del siglo XV se usó el artículo *el, la, lo*, ántes de los posesivos, diciendo *la tu madre, los mis bienes*, etc. Hoy suprimimos en tales casos el artículo.

PRONOMBRES.—El recíproco *vos* se escribió con todas sus letras hasta mediados del siglo XVI. Despues se suavizó la pronunciacion suprimiendo la *v*, y se dijo *os hago* por *vos hago, hágoos* por *hágovos, haceos* por *haced–vos*, etc.

Hasta fines del mismo siglo se usaron muy poco los llamados pronombres relativos *cuyo, tuyo, suyo, nuestro, vuestro, quien*, que ahora empleamos con frecuencia y nos evitan la inelegante repeticion *del cual, de él, de tí, de nos, de vos*, etc.

Hasta principios del siglo XVII no se distinguia la relacion de mayor ó menor proximidad connotada por *este, esta, esto*, y *ese, esa, eso*.

Hasta dicha época, el relativo *quien*, que hoy, por regla general, no aplicamos sino á personas, se referia indistintamente á personas y cosas: así, se decia: *el hombre de quien tenemos*, igualmente que: *la mina de quien esperamos*. Usóse, además, casi siempre como indeclinable, pues se referia á uno lo mismo que á muchos: así, se decia: *el padre á quien honramos;* y tambien: *los padres á quien honramos*.

VERBOS.—Muy entrado ya el siglo XVI, empezaron á sustituirse las inflexiones *ais, eis, is*, á las *ades, edes, ides*. Así, se decia antiguamente: *amades, veedes, venides*, por *amais, veis, venis; amáredes, amásedes, viérades, viésedes, viniéredes, viniésedes*, por *amariais, amaseis, vierais, viesais, vinierais, vinieseis*, etc.

Las inflexiones en *ogo, opo, ovo*, se convirtieron en *ugo, upo, uvo:* así hoy decimos *plugo, cupo, supo, estuvo*, y no *plogo, copo, sopo, estovo*, como se dijo hasta mediados del siglo XVI.

Se han modificado las inflexiones de algunos tiempos, añadiéndoles una letra eufónica, como en *morirá, placerá, placeria, pondrá, pondria, tendrá, tendria, vendrá, vendria*, etc., que ántes fueron *morrá, plazrá, plazria, porrá*, y luego *ponrá, ponria, terrá* y *tenrá, tenria, verrá* y *verná, vernia* y *venria*, etc.

Aunque en todo tiempo fué usada la aposicion de los pronombres recíprocos *me, te, se, le, nos, vos*, al fin de los verbos (47), no lo fué en los infinitivos hasta mediados del siglo XVI. Por manera que se decia *hablóme, oyóte, viénese, díjole, mirónos, vuélveos*, mas no *hablarme, oirte, venirse, decirle, mirarnos, volveros*, sino *me hablar, te oir, le decir*, etc. Y no solo precedia el recíproco al infinitivo, sino que cuando á este precedia un adverbio, se colocaba ántes del mismo adverbio: así, se decia: *para se nunca mover, para le bien mirar, para vos siempre estimar*, etc.

En los demás tiempos del verbo fueron tan usados esos afijos hasta la mitad del siglo XVII, que hoy causa alguna dificultad en la pronunciacion, y ambigüedad en el sentido, la extrañeza de su ortografía, si no se aclara con la buena acentuacion: así es que para evitar dudas, hoy no solemos ya decir *amónos, esle, háceos, lóolo, ósoos, reisos*, sino *nos amó, le es, os hace, lo loo* (alabo), *os oso, os reis*, etc.

Despues que los infinitivos admitieron el afijo *le, la, lo*, se adoptó la costumbre de convertir en *l* la r final del infinitivo, resultando en su consecuencia una *ll:* así, se decia: *decille, oilla, vello*, por *decirle, oirla, verlo*, etc.

En el mismo siglo XVI se introdujo el uso de cortar ó interrumpir el verbo con la intercalacion del afijo, de suerte que partian en tres palabras lo que ántes formaba una sola: así se encuentra en los libros y manuscritos de aquel siglo, *mirar lo ha*, por *mirarálo ó lo mirará; temer los he*, por *temerélos ó los temeré; amar se hian*, por *amaríanse ó se amarian; vencer nos híades*, por *vencería-desnos ó nos vencerías*, etc.

Hasta fines del siglo XVI, el verbo *ser* tuvo las tres acepciones de *ser, estar* y *haber*, dando no pocas veces lugar á cierta confusion: decíase, pues, *él era piadoso, él era* (estaba) *en la guerra, él era* (estaba) *enfermo, él era* (habia) *venido*, etc.

Por la misma época era muchísimo más frecuente que hoy el uso del verbo *haber* en la significacion de *tener:* así, se decia corrientemente: *Juan ha* (tiene) *enemigos, Pedro ha* (tiene) *mucho dinero. El que malas mañas ha* (tiene), *tarde ó nunca las perderá*, etc.

Se han anticuado *aver, cader, dicir, lizar, superar, temprar, veder*, formas de *haber, caer, decir, alisar, sobrar, templar, ver*, etc., etc., modificándose en su consecuencia las correspondientes inflexiones de los modos y tiempos.

PARTICIPIOS.—Han caido en desuso varios participios activos, como *cayente, hablante, riente*, etc.; y á principios del siglo XVII se generalizó el uso de los participios pasivos *contractos*, como *absorto, concluso, confeso, convicto, electo, incluso, preso, reflejo*, etc., considerados como contraccion de *absorbido, concluido, confesado*, etc.

PREPOSICIONES.—Hasta mediados del siglo XVI se usó la elision del *de* indefinido cuando precedia á los pronombres *él, ella, este, esta*, etc.: así, se escribia: *dél, della, deste, desto*, en lugar de *de él de ella, de este, de esto*, etc.—V. DE en la Tabla de los prefijos (pág. 133).

Hasta principios del siglo XVII, el *por* causal hizo tambien los oficios del *para* final.

ADVERBIOS.—Desde mediados del siglo XV se perdió el uso de la partícula *y* (que por lo comun se escribia *hi)* con el oficio de adverbio de lugar que tiene en el frances, en el catalan y valenciano, etc.—El *y*, en este oficio adverbial expletivo, es el adverbio latino *ibi* allí, cortado ó suprimido el *bi* desinencial. Así es que el frances antiguo lo escribia con *i* latina.

Hasta principios del siglo XVII el adverbio *donde* se usó indistintamente para connotar *á donde, de donde* y *en donde*, relaciones de espacio que hoy distinguimos con todo cuidado.

Se han anticuado los adverbios *aina, acuen* y *acuende, agora, allent* y *allende de, ayuso, car*, etc., que hoy son *luego, aquende, ahora, allende* y *además de, arriba, pues*, etc.

CONJUNCIONES.—Hasta mediados del siglo XVI se usó la conjuncion *é* (de la latina *et*) en lugar de la copulativa *y* que hoy empleamos siempre que la voz siguiente no empieza con *i*.

Tampoco fué conocido hasta dicho siglo el primor eufónico de conmutar la conjuncion *o* en *u* cuando le sigue una voz que empieza con *o:* así, se decia: *plata ó oro, vaca ó oveja*, en lugar de *plata ú oro, vaca ú oveja*, como decimos ahora.